Lengua



3° año secundario

La generación del 80 en la literatura argentina. Nuevos registros: el humor, la sátira. Cuentos de Eduardo Wilde: Tiempos modernos.

La generación del ochenta

Se llama así a un grupo de hombres que fueron los hacedores de un conjunto de hechos políticos, históricos y culturales que sucedieron en el país alrededor de 1880. Desde la caída del Gobierno de Rosas, en 1852, el turbulento panorama político inició un largo proceso en cuyo término la primera presidencia del General Roca (1880-1886) impuso el desconocido espectáculo de una gestión presidencial acatada por todas las facciones.

Esta estabilidad política se terminó de concretar con la promulgación de la ley que convertía a la ciudad de Buenos Aires en Capital Federal de la República, clausurando así con una figura jurídica, el viejo pleito de provincianos y porteños. Roca utilizó el contexto propicio signado por la estabilidad, para poner en pleno funcionamiento el liberalismo económico. Bajo el lema de su gobierno "paz y administración" se llevaron a cabo una serie de medidas que habían sido pensadas por los proscriptos de Rosas y plasmadas en las *Bases* de Juan Bautista Alberdi. Entre esas medidas podemos mencionar: la libertad de comercio, la radicación de capitales extranjeros, la construcción de los ferrocarriles, la incorporación del desierto a las actividades productivas, el acceso de varios centenares de miles de inmigrantes.

Dice Adolfo Prieto respecto al fenómeno de la inmigración:

> La nueva población, lejos de extenderse en relación proporcionada a la disponibilidad de tierras cultivables, fue virtualmente compelida a arracimarse en el núcleo urbano de Buenos Aires; la nueva riqueza, lejos de sacudir los entumecidos resortes de las economías provincianas, descargó sus esplendores sobre la cornucopia que atiborraba de cereales el privilegiado puerto de Buenos Aires; el nuevo orden político lejos de asegurar el cumplimiento correcto de la democracia representativa, alentó más bien la consolidación de una suerte de oligarquía entre cuyos miembros se compartió el poder

hasta bien entrado el siglo XX, cuando la novedad del voto secreto consagró el triunfo de Hipólito Irigoyen.

Estas serias distorsiones del esquema, en todo caso, no revelaron sus consecuencias inmediatamente, y salvado el disgusto de algunos observadores perspicaces, la inmensa mayoría aplaudió en esos años, sin reservas la ola de prosperidad material, el tumulto de los negocios, el crecimiento prodigioso de la flamante capital federalizada, el brillo de una vida social que reducía a pura nostalgia la modestia de las costumbres aldeanas.

"La generación del Ochenta. Las ideas y el ensayo", Historia de la Literatura Argentina, Buenos Aires: CEAL, 1980/1986.

La literatura de la generación del ochenta

¿Quiénes eran los hombres de la generación del 80? En su mayoría eran políticos, literatos, que pertenecían a las familias tradicionales de Buenos Aires. Ellos estaban en el gobierno, frecuentaban los salones y los teatros, viajaban por Europa. Inteligentes, irónicos, surgen como metáfora de la cultura al fin de las guerras civiles y en el comienzo de la oleada inmigratoria. "Plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y los Estados Unidos —había escrito Juan Bautista Alberdi en sus famosas *Bases*— Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí". Esta posibilidad atrae e inquieta a la vez a los hombres de la generación del 80, ya que se sienten únicos herederos del destino del país. Terminada la Conquista del Desierto en 1879, con la capitalización de Buenos Aires en 1880, y con Julio A. Roca en la presidencia de la República, estos hombres tenían asegurado su lugar: Lucio V. Mansilla era militar; Eduardo Wilde, médico y ministro; Miguel Cané (h.), diplomático y legislador; Lucio V. López, jurista y magistrado, y todos cronistas de su época, sutiles y a veces prejuiciosos observadores de los cambios que se sucedían en el país.

"Sé que todo lo bueno, noble y generoso se va; sé que las ideas elevadas no encuentran eco ya en nuestra sociedad mercachiflada —escribe Miguel Cané— Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas". Esa es la percepción de otros hombres de la misma generación, como Julián Martel, que publica la novela *La Bolsa*, en donde se proyectan los miedos y resquemores de la clase alta frente a los recién llegados. El temor a ser robados, saqueados, invadidos, está muy presente en esos textos, donde queda explícita la discriminación al extranjero.

En las antípodas de los "prosistas fragmentarios" del 80, como Wilde y Mansilla (cultores del humorismo y la ironía) los novelistas de esa generación retrataron con tono sombrío la vida de los inmigrantes en los conventillos, como lo hizo Eugenio Cambaceres en *En la sangre*. Deudor del naturalismo, unió su visión de la pobreza a las taras hereditarias de su protagonista. Buenos Aires tiene entonces alrededor de 440.000 habitantes; de ellos, 230.000 son extranjeros recién llegados. Algunos toman el camino del campo y se hacen colonos. Pero la mayoría se queda en la ciudad, que crece desordenada, a impulsos de un

sueño de grandeza diseñado prolijamente por los hombres de la generación del 80, con la metáfora optimista del Progreso.

Desde entonces el aporte de la incipiente clase media, formada por criollos e inmigrantes, se torna evidente también en la cultura. Entre los recién llegados hay artistas, artesanos, maestros de oficios, que se instalan sobre todo en Buenos Aires. Fuera de la órbita elitista de la generación, aparecen los talleres de pintura y dibujo, la Sociedad estímulo de Bellas Artes y la Academia Libre, donde se encuentran los hijos del país con los modestos maestros que llegan del otro lado del mar. El criterio eurocentrista de la generación del 80 prevalece aún y así lo expresa Miguel Cané: "De Europa nos viene la vida intelectual y la vida material. Ella y sólo ella puebla nuestros desiertos, compra y consume nuestros productos, reemplaza la deficiencia de nuestra industria, nos presta su dinero, su genio, su ciencia; es en una palabra, el artífice de nuestro progreso". Pero la historia es paradoja. Es el mismo Cané, el fino escritor de *Juvenilia*, quien hace promulgar en el Congreso de la Nación, en 1899, la nefasta Ley de Residencia. Ella permite deportar a los extranjeros a quienes se considera "elementos extraños, agitadores de profesión", según el juicio de otro escritor: Joaquín V. González, por aquel entonces Ministro del Interior.

Pedro Orgambide, "Arte para todos", *Clarín digital* (adaptado).



Actividad

Contestá a las siguientes preguntas:

1. ¿A qué se llama "Generación del ochenta"?
2. ¿En qué contexto político surgió? (Esto lo vas a estudiar más profundamente en la próxima etapa de Historia).
3. ¿Quiénes fueron los escritores del ochenta? ¿Qué actividades desarrollaron, además de la escritura?
4. ¿Cuál fue la visión que tuvieron del inmigrante?

Eduardo Wilde

Biografía



Nació en Tupiza (Bolivia), en 1844 y murió en Bruselas en 1913. Escritor y médico argentino. De padre inglés y madre argentina (de Tucumán), vio la luz en Bolivia con motivo de la expatriación de sus padres durante la dictadura de Rosas; su padre había llegado a coronel en el ejército argentino. Obtuvo el título de médico en 1870 y su tesis llevaba por título *El hipo*. Fue

esencialmente médico y político; desempeñó altos cargos, entre ellos el de ministro de Instrucción Pública con Roca en su primera etapa y del Interior con Juárez Celman; y en la segunda etapa de Roca representó a su país en diversos países europeos.

El más importante de sus trabajos es autobiográfico y se titula *Aguas abajo*. El resto de su obra, producido sin plan preconcebido y disperso en diversas publicaciones, se agrupa principalmente en los volúmenes titulados *Prometeo y Cía*. y *Tiempo perdido*, y en los libros de viajes *Por mares y por tierras* y *Viajes y observaciones*. En *Prometeo y Cía*. está incluido el más conocido de sus cuentos, *Tini*.

La obra de Wilde

Si bien la obra de Wilde es sumamente copiosa, es periodística y fragmentaria. Para la única obra que pensó un plan fue *Aguas abajo* y quedó inconclusa. El resto de sus libros son recopilaciones de textos aparecidos en periódicos.
Vamos a leer el siguiente cuento:

Vida moderna

Río IV, etc., etc.

Mi querido amigo:

Por fin me encuentro solo con mi sirviente y la cocinera: una señora cuadrada de este pueblo, muy entendida en política y en pasteles criollos.

Ocupo una casa vacía que tiene ocho habitaciones, un gran patio enladrillado y un fondo con árboles y con barro. Tengo dos caballos de montar y uno de tiro. Mi dotación de amigos es reducida; total: dos viejos maldicientes. He traído libros y paso mi vida leyendo, paseando, comiendo y durmiendo. Esto por sí solo constituye una buena parte de la felicidad; el complemento, ¡quién lo creyera!, se encuentra también a mi alcance, aquí, en este pueblo solitario y en esta casa medio arruinada y desierta.

¡Soy completamente feliz! Básteme decirte que nadie me invita a nada, que no hay banquetes, ni ópera, ni bailes y, lo que parece mitológico en materia de suerte, no tengo ni un bronce, ni un mármol, ni un cuadro antiguo ni moderno, no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensalada y para postres; ni centros de mesa que me impidan ver a los de enfrente, ni vasos de diferentes colores, ni sala, ni antesala, ni escritorio, ni alcoba, ni cuarto de espera; todo es todo; duermo y como en cualquier parte; el caballo de montar entra a saciar su sed al cuarto de baño, en la tina, antes que yo me bañe, con recomendación especial de no beber de a poquitos, ni dejar gotear en la bañadera el sobrante del agua que le queda en el hocico.

*****

Recuerdo que cuando era niño conocí un viejo, hombre importante, acomodado, instruido y muy culto. Pues el viejo no tenía en su cuarto de recibo sino seis sillas, una mesa grande con pies torneados, gruesos y groseros, cubierta con una colcha usada, sobre la cual estaba el tintero de plomo con tres agujeros en que permanecían a pique tres plumas de pato o ganso. Había además papeles, libros, tabaqueras, anteojos y naipes. De noche se reunían allí los hombres más notables del pueblo: el cura, el corregidor, el juez de letras, el tendero y otros ilustres habitantes. Allí se hablaba de la política, de la patria, de la moral y de la filosofía, tópicos que ya no se usan. Concluida la tertulia, el viejo se retiraba a su dormitorio cuyo mobiliario y adorno consistían en una cama pobre, una mesita ética, una silla de baqueta, un candelero de bronce con vela de sebo, una percha inclinada como la torre de Pisa, que se ladeaba más cuando colgaban en ella la capa de su dueño, y una imagen de san Roque, abogado de los perros. A pesar de esta desnudez, que escandalizaría hoy al más pobre estudiante, el viejo era muy considerado, muy respectado y vivía muy feliz; nada le faltaba.

¡Dime ahora cómo se hallaría cualquiera de nuestros contemporáneos en tal miseria! Cuando me doy cuenta de lo estúpidos que somos, me da gana de matarme.



Por eso me gusta el poeta Guido Spano.
La semana pasada lo encuentro en la calle y le digo:
-¿Cómo le va?, tanto tiempo que no lo veo; usted habrá hecho también negocios!- No –me contestó-; soy el hombre más feliz de la tierra; me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa, me sobra comida y me sobra tiempo; no tengo reloj ¡y se me importa un comino de las horas!

Con tamaña filosofía ¡cómo no había de estar ese hombre contento!

En una ocasión me acuerdo haberlo visto en cama enfermo de reumatismo y tocando la flauta, con un pequeño atril y un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.



A mí también en Río IV me sobra todo, pero no tengo flauta, ni atril, ni música.

¿Sabés por qué me he venido? Por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que diera abasto; la luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas, de los jarrones y de la grandísima madre que los dio a luz. No podía comer; la comida duraba dos horas porque el sirviente no me dejaba usar los cubiertos que tenía a la mano, sino los

especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con cuchara porque me da la gana y nadie me dice nada ni me creo deshonrado.



¡Mira, no sabes la delicia que es vivir sin bronces! No te puedes imaginar cuánto los aborrezco. Me han amargado la vida y me han hecho tomarle odio. Cuando era pobre, admiraba a Gladstone; me extasiaba ante la Venus de Milo; me entusiasmaba contemplando las nueve musas; tenía adoración por Apolo y me pasaba las horas mirando el cuadro de la Virgen de la silla.

Ahora no puedo pensar en tales personajes sin encolerizarme. ¿Cómo no? Casi me saqué un ojo una noche, entrando a oscuras a mi escritorio, contra el busto de Gladstone; otro día la Venus de Milo me hizo un moretón que todavía me duele; me alegré de verla con el brazo roto. Después, por sostener a la mascota, me disloqué un dedo en la silla de Napoleón en Santa Elena, un bronce pesadísimo, y casi me caí enredado en un tapiz del Japón.

Luego, todos los días tenía disgustos con los sirvientes.

Cada momento había alguna escena entre ellos y los adornos de la casa.

-Señora-decía la mucama-, Francisco le ha roto un dedo a Fidias.
-¿Cómo ha hecho usted eso Francisco?

-Señora, si ese Fidias es muy malo de sacudir.

Otra vez dejaba Fidias de ser maltratado y aparecía el busto de Praxiteles sin nariz. Francisco se la había echado debajo de un plumerazo; o bien le tocaba el turno a Mercurio, que se quedaba cojo de algún porrazo; ya sabes que Mercurio tiene un pie en el aire.

Bismarck, el rey Guillermo y Moltke en barro pintado, se han escapado hasta ahora casi ilesos, gracias a que su pequeña estatura les permite esconderse tras el reloj de la sala. Pero un gran elefante de porcelana, cargado de una torre, pierde cada ocho días la trompa; felizmente se la vuelven a pegar con goma.

Otro día se le ocurre al mismo Francisco limpiar con kerosene el cuadro del Descendimiento.

En fin, he pasado estos últimos años en cuidar jarrones, cortinas, cuadros, relojes, candelabros, arañas, bronces y mármoles y en echar gallegos a la calle con plumero y todo para que vayan a romperle las narices a la abuela.



No hay idea de los tormentos que he sufrido con mis objetos de arte; básteme decirte que muchas veces al volver a mi casa he deseado encontrarla quemada y hallar fundidos en un solo lingote a Cavour, a la casta Susana, al

papa Pío Nono y a madama Recamier con otros bronces notables de mi terrible colección.

¿Y las flores, las macetas, los ramos, los árboles enteros que mandan a casa y que la señora coloca en mi estudio como si tal cosa? El patio es un bosque y en el se encuentra toda la flora y la fauna argentinas: hay leones, tigres y millones de sabandijas. Los cactus no me dejan ir a mi cuarto, me enredo en los helechos y unos malditos arbustos con puntas que están ahora de moda tienen obstruida la puerta del comedor, al cual no se puede entrar sin careta, a menos de exponerse a perder un ojo. Ya estuve a punto de quedarme tuerto, a causa de un "alisum espinosum".

-Mire, Juan- dije un día al portero-, al primero que venga aquí con árboles, con bronces o con vasijas de loza, péguele un balazo.

Ya no hay donde poner nada; para pasar de una pieza a otra es necesario volar. Uno de mis amigos, muy aficionado a los adornos, ha tenido que alquilar una barraca para depositar sus mármoles, sus bronces y sus cuadros. Yo tengo una estatua de la Caridad que es el terror de cuantos me visitan; no sé por qué arte todos tropiezan en ella… En casa de otro amigo se perdió un día un niño que había ido con su mamá. Cuando ésta quiso retirarse, se le buscó inútilmente en todas partes; al fin se oyó un llanto lastimero que parecía venir del techo y voces de "¡aquí estoy, aquí estoy!". El pobre chico se había metido en un rincón del que no podía salir porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, una ánfora de no sé donde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural en cinc bronceado. ¡Vaya usted a limpiar una casa así! Lo primero que se me ocurre al entrar en un salón moderno es pensar en un buen remate, en un terremoto o en un incendio".



Tengo intención de pasar aquí una temporada, y estaría del todo contento si no fuera la espantosa expectativa de volver a mi bazar. Algunas noches sueño con mis estatuas.

Hasta he pensado alguna vez en fingirme loco y arrojar a la calle por la ventana los bustos de los hombres más celebres, los cuadros, las macetas, las arañas y los espejos. En fin, tengo un consuelo: no ocurre casamiento, cumpleaños o bautismo en casa de amigos, que no me proporcione el placer de soltarle al beneficiado algún león de alabastro, un oso de bronce o los gladiadores de hierro antiguo. ¡A incomodar a otra parte y allá se les avenga el novio, el bautizado o el que festeja un aniversario!

Excuso decirte que, cuando un sirviente torpe echa abajo un armario lleno de loza y cristales, no quepo en mí de contento.

Escríbeme pronto y no te olvides de comunicarme en el acto, si por acaso quiebra la casa de lacaste o la de algún otro bandolero de su estirpe.

Te recomiendo, además, que si puedes no dejes de hacerme robar, durante mi ausencia, algunos pedestales con sus correspondientes bustos, varios cuadros y todos los muebles de mi escritorio.

Sobre todo, por favor, hazme sustraer las palmeras que obstruyen los pasadizos y el "alisum espinosum" de la puerta del comedor, al cual profeso la más corrosiva ojeriza.

En último caso puedes recurrir al incendio: ¡te autorizo!

Tu amigo

Baldomero Tapioca.

P.D. – Si el día 1° de año me mandan tarjetas de felicitación, cartas o telegramas, toma todo ello del escritorio, haz un paquete y mándalo a Francia, dirigido al presidente Carnot, con una carta insultante, diciéndole que su nación tiene la culpa de que, a más de todas las mortificaciones criollas que soportamos, tengamos todavía que aguantar la moda de las felicitaciones de año nuevo.

Vale.

Eduardo Wilde, "La lluvia" y otros relatos, Buenos Aires: CEAL, 1992.



Actividad

1. Relacioná lo que se dice en el siguiente fragmento con lo que se relata en el cuento:

    > Su capacidad de observar críticamente su medio surge especialmente en sus relatos costumbristas. Este interés por lo costumbrista se ve en "Vida moderna", donde satiriza a la Buenos Aires que ha dejado sus costumbres aldeanas y se inunda de bronces, muebles y reproducciones de obras de arte provocando la huida del protagonista al tranquilo Río Cuarto.

2. ¿Cómo aparece el humor en este relato? Tené en cuenta los motivos por los cuales viaja a Río Cuarto y los episodios con los sirvientes. ¿Qué pasa con el niño que se pierde?
3. Buscá ejemplos de ironía y explicalos (tené en cuenta que los vimos en la etapa anterior).
4. Si bien por un lado aparece una visión crítica de la modernidad acelerada que sucede en el Buenos Aires de los ochenta, por otro lado se podría pensar que si los que tenían muebles, vajilla y obras de arte eran los que pertenecían a la "elite", ahora los inmigrantes, dada la prosperidad económica, también empiezan a obtener objetos suntuosos; y entonces, la manera de diferenciarse de ellos es el despojo de lo material. De hecho el tema del inmigrante empieza a aparecer en la

literatura y la “elite” se ve amenazada por los cambios que en la ciudad produce este fenómeno social.
¿Qué opinás al respecto?

La sátira

El término “sátira” se aplica a cualquier especie de composición literaria que mediante el ingenio o la ironía, ridiculice el comportamiento de los individuos, las organizaciones de sistemas políticos o ideológicos y todo aquello que sea considerado un vicio de la conducta, de la inteligencia o de los sentimientos.

¿Por qué, según tu opinión, este relato es considerado una sátira del Buenos Aires de los ochenta?